

longitud no puedo hablar con certeza, aunque pienso que podrá tener alrededor de unas cuarenta páginas. He hallado el asunto que me conviene, pues me parece que domino completamente la teoría de Gladstone, y puedo, por tanto, manejarla con facilidad. Mi deseo sería exponerla bien, pero me limito á coger de aquí y de allí algunos puntos de lo que me parece ser verdad.

Estoy llevando una vida muy tranquila, no sin gana de empeñarme en la lucha parlamentaria á la primer ocasión favorable que se presente, pero sin que me atormenten lo menos posible el deseo de figurar en la Cámara de los Comunes, y como siempre, firmemente opuesto á todo empleo oficial. He gozado en Italia extensamente, mucho más de lo que yo esperaba; allí encontré á Gladstone en Roma: hablamos y paseamos juntos por San Pedro durante la mayor parte de una tarde. Es á la vez un hombre muy inteligente y muy agradable.

En política el viento disipa las nubes, el mar se tranquiliza y el barómetro sube. La legislatura está avanzando, no obstante las turbulencias que se esperaban, con la misma tranquilidad con que generalmente avanza cuando se halla próxima á su terminación. Todas las cosas y personas languidecen, y aun el mismo Broughan parece haberse sosegado algún tanto. Le hallé el otro día en Lincoln's inn Fields, cuando yo paseaba con Ellis. Me saludó como si hubiésemos almorzado juntos aquella mañana, y enseguida comenzó á declamar contra todo el mundo, con su osadía y acritud acostumbradas.

Siempre de usted,

T. B. MACAULAY.

Londres, 20 de Marzo de 1829.

Muy querida Ana: He pasado algunos días muy tristes desde que escribí á usted la última vez. El domingo por la tarde dejé á Ellis, más contento, porque había mejorado algo la salud de su mujer. Al día siguiente, cuando fui á verle, encontré su casa completamente cerrada. Me proponía haberle visto y hablado después, pero se empeñó en verme. Al principio tuvo una emoción bastante fuerte, pero luego se tranquilizó y me estuvo hablando de sus asuntos durante algunas horas. Yo estaba tan orgulloso de ella—me decía—que me encantaba presentarla á alguno que yo apreciase. Y ahora no tendré en mi casa á quien dar las buenas nuevas. Yo no podía decir nada porque estaba tan enternecido como él. Habló mucho de los motivos de felicidad que él había perdido sin hijos, sus relaciones y las de ella y mi amistad. Me decía que estaba muy contento de que yo no muriese en la India y hubiera vuelto á mi casa para darle ánimos, que por mi parte consistían en oírle hablar de ella con lágrimas en mis ojos, y estar más á su lado. Ayer volví, permaneciendo con él la mayor parte del día, y volveré todos los días, porque él dice, y yo veo, que mi compañía le hace bien. Daría cualquiera de mis dedos por conseguirle otra vez su mujer, que es lo más que se puede alcanzar para un viudo.

Me ha enviado Napier las pruebas de mi artículo alabándolo prodigiosamente. En una carta á Empson le llama excelente y admirable, y á mi me dice que es el más bello fragmento de lógica que se ha escrito. Yo no pienso esto, pero sí que he dispuesto la teoría de Gladstone de un modo incontrovertible y, que no

hay una línea del escrito, que, aun críticos tan severos como sir Roberto Inglés ó mi tío Babington, puedan rechazar. ¿Cómo está mi querida niñita? ¿Es bastante grande para cuidar de un canario ó dos? De su ternura para los pececitos induzco que se le podrán confiar otros animales vivos.

Recibo en este instante una nota de lord Lansdowne que ha ocupado la presidencia del club (1) ayer noche y dice que he sido elegido por unanimidad. La desgracia del pobre Ellis me ha hecho olvidarme de esto.

Siempre de usted,

T. B. M.

El 10 de Abril recibió Macaulay una carta de Mr. Gladstone en la que en términos muy generosos reconocía la cortesía, y con algunas reservas, la hermosura de su artículo. He sido favorecido—escribía Mr. Gladstone—con un ejemplar del número próximo que ha de aparecer de la *Revista de Edimburgo*; y yo, quizá fundándome demasiado en mi poco conocimiento de usted, y del cual no tengo sino motivos para estar orgulloso, le considero autor del artículo titulado *Iglesia*

(1) El club, como era invariablemente llamado, (porque á causa de los miembros que le formaban, no necesitaba ningún otro apelativo que le distinguiese), era el club de Johnson, Gibbon, Burke, Goldsmith, Garrick y Reinold. Con fecha 9 de Abril de 1839 aparece en el diario de Macaulay la nota siguiente: «He ido á Tatched House y me ha complacido sobremanera hallarme en el club por primera vez. Hemos tenido á lord Holland en la presidencia y al obispo de Londres, lord Mahon, Phillips el pintor, Milman, Elphinstone, sir Carlos Grey y Huddon Gurney. Estuve entretenido volviendo á la memoria los recuerdos del club, sobre todo aquella firma del pobre Bozzy, trazada evidentemente cuando estaba demasiado ebrio para guiar su pluma.»

y *Estado*. Doy á usted mis más calurosas y cordiales gracias por la manera de tratarnos á los dos, al libro y á su autor, á los cuales usted se ha dignado prestar su atención. Sea lo que quiera, lo que usted escriba, difícilmente puede usted esperar el privilegio del mayor número de las producciones anónimas, un incógnito efectivo; pero si no hubiera sido posible reconocer á usted, habría podido dudar en concederle su calidad de autor en este caso particular, á causa de que el candor que en él se muestra es en una persona que ha estado largo tiempo unido tan íntimamente á los partidos políticos, tan raro, que casi se hace increíble. En estos lastimosos tiempos una adhesión para todo lo pasado de benevolencia personal, la procura igualmente en lo futuro, y si usted consiente en concedérmela, yo desearía poseer datos acerca de su modo de proceder en este asunto, en el que el convencimiento de la verdad, debemos convenir, depende tan materialmente del carácter con que la investigación ha sido instituida y es conducida».

De lo mucho que agradó á Macaulay esta carta dará idea su respuesta llena de cumplimientos que, excepto en este solo caso, jamás hizo á ninguno de sus corresponsales. Rara vez me ha satisfecho una cosa tanto como la benévola carta que he recibido de usted. Su libro mismo y todo lo que he oído acerca de usted, aunque casi todas mis informaciones procedan—para honor, debo decirlo, de nuestros turbados tiempos—de gentes muy opuestas á usted en política, me conducen á mirar á usted con respeto y muy buena voluntad, y estoy verdaderamente encantado de perseverar en aquellos sentimientos.

Las enfáticas alusiones que contienen ambas cartas, dadas la amargura é injusticia que predominaban

entre los partidos beligerantes, nos parecen ahora muy extrañas, que ya durante dos legislaturas, viviendo en aquella atmósfera de templanza y buenas maneras que dominan en la Cámara de los Comunes siempre que los conservadores están contentos y los liberales no tienen esperanza alguna. Otra cosa sucedía en 1839. Los últimos años de la administración whig fueron una larga crisis política, con todo el desagradable y vergonzoso acompañamiento de que no se ve libre ningún periodo de esta naturaleza. La animosidad pública y la virulencia personal se levantaron hasta un grado tal como jamás había alcanzado desde el periodo en que, entre amenazas y acusaciones de traición, perfidia y corrupción, sir Roberto Walpole fué vacilando hasta caer.

El gabinete de lord Melbourne había hecho importantes servicios al país, muchos de los cuales fueron la causa de su duración. En Noviembre de 1834 el rey, por su propia voluntad y capricho, impuso su gobierno tory á una Cámara de los Comunes, que contenía una gran mayoría whig. La fiera embestida al gobierno, allí presente, como no podía menos de estar, tan bizarra y diestramente dirigida por lord Juan Russell, bajo una apariencia superficial de instigación sediciosa, fué en realidad, el comienzo de una fuerte lucha empeñada para establecer de una vez para siempre el más vital de todos los principios constitucionales. No se desperdició ninguno de los votos ni discursos que se pronunciaron contra el primer ministro sir Roberto Peel, y tuvo valor, todo gasto de tiempo, vida y energía realizado para vindicar el derecho del país á elegir por sí mismo sus gobernantes en lugar de aceptar los impuestos desde arriba. La historia de la época de 1835, que tanto leemos los que

hemos nacido y esperamos envejecer dentro del reinado de un monarca que ha practicado siempre lealmente la más estricta conformidad con los deseos de su pueblo, nos induce á pensar que se realizó entonces una gran revolución, tanto más benéfica, cuanto fué más gradual y silenciosa. No podemos comprender, sin un gran esfuerzo de fantasía, la indignación é inquietud de los jefes whig, cuando vieron á Guillermo IV recurriendo á las máximas del gobierno personal que practicara su padre y que su hermano había deseado á intervalos y débilmente, llevar también á la práctica.

Derribar á Peel era á los ojos de aquella generación el único deber de los hombres públicos, que cumplieron con tanto valor como éxito. Pero al perseguir su fin con una audacia y determinación que seguramente pondrán en duda los que no se hayan hecho cargo de la verdadera situación en que se encontraban, se crearon nuevos enemigos, aumentando sus diferencias con los antiguos y levantando en contra suya las furias del resentimiento, alarma y sospecha que les acompañaron hasta que sucumbieron á su vez. Las pasiones exacerbadas durante los debates de 1835 solamente se calmaron en el diluvio que sumergió á los whigs en las elecciones generales de 1841.

Los pares no concedieron su protección á los vencedores en los primeros momentos. Los que celebraron con júbilo inútil la impotencia y desamparo de la Cámara de los Lores, el mismo con que aún en nuestros propios días celebran la caída de la iglesia irlandesa y la abolición de la compra en el ejército, harían bien estudiando la historia de la decadencia prima total de la administración de lord Melbourne. Allí aprenderían cuan real y formidable es el poder de los

hombres de Estado conservadores, cuando, vigilando el campo de la lucha desde el seguro baluarte de una asamblea devota de sus intereses, pueden distinguir perfectamente entre la polvareda y clamoreo de un movimiento popular, el poder y situación exactos de las fuerzas hostiles. Una Cámara alta que no acepta de los ministros á quienes detesta, medida alguna que no vaya apoyada por una irresistible masa de opinión pública excitada, tiene, tarde ó temprano, la suerte de aquellos ministros en sus manos. Por una parte, el rozamiento engendrado por el proceso de obtener á la fuerza un bill de una Cámara de los Loes que lucha hasta el último momento y molesta y escandaliza á la nación, que enseguida cree tener una revolución cada doce meses; y por otra, la incapacidad de un Gabinete para conducir á través de ambas Cámaras la continua ola legislativa que exigen las necesidades siempre variables de un país como el nuestro, enagenan bien pronto las simpatías de aquellos sus más ardientes sostenedores, que no teniendo en cuenta estas dificultades, ven solamente la imposibilidad de transformar sus bills en hechos.

Nunca se llevó á cabo la obstrucción con más habilidad que durante las tres legislaturas que precedieron y las tres que siguieron al advenimiento al trono de la reina Victoria. Lord Cadogan — dice Macaulay — me ha hablado mucho de la situación extremadamente difícil de los ministros en la Cámara de los loes. Tienen en contra suya á Brougham, el primer orador de la actualidad; al duque, que goza del más alto prestigio, superior al de ningún hombre público de este tiempo, y á Lyndhurst, Aberdeen, Ellesborough y otros, cada uno de los cuales sobrepuja á nuestros mejores oradores. Y su superioridad en el

debate se apoya, además, en una superioridad de número todavía mayor. Estas ventajas, en punto á votos y talento, fueron utilizadas al extremo por la estrategia parlamentaria. Se entabló una lucha terrible acerca del destino que había de darse á una cierta cantidad de dinero que se esperaba para mejorar la administración de los bienes de la iglesia de Irlanda. Los whigs proponían destinar la mayor parte á la educación del pueblo, sin distinción de sectas religiosas, mientras que la oposición insistía en dejarla á disposición de la iglesia para que la emplease exclusivamente en fines propios. Fué este asunto un admirable campo de batalla para los conservadores. Los motivos de la más exaltada piedad y patriotismo, el pretexto de los prejuicios de raza y creencia, fueron igualmente colocados tras las inexpugnables defensas que guardaban la posición tan diestramente elegida por los jefes tories. Al cuarto año de debate cedieron los ministros, produciendo tal debilidad un efecto desastroso sobre su propia influencia y reputación, del que no se repusieron nunca. Pero la victoria había costado cara, porque en cambio de un miserable centenar de miles de libras, el establecimiento irlandés había perdido la estimación y confianza públicas. El sacrificio inmediato que tuvo que hacer fué de importancia muy diferente; y estaba dispuesto por los hados que había de leerse la historia de los libros sibilinos á la luz de una amarga experiencia; aquella fábula cuya invención es en sí misma suficiente para señalar los romanos como un pueblo constitucional.

Las cartas de Macaulay desde Calcuta prueban con qué profunda inquietud seguía la marcha de los negocios públicos de su país. Un observador que toma parte en las luchas de los combatientes, rara vez se

inclina á disminuir la gravedad de la situación, ó la naturaleza drástica de los remedios que se requieren. Estoy completamente seguro — escribía él á mister Ellis — que dentro de muy pocos años la Cámara de los lores deberá ir detrás del viejo Sarum y Gattton. Lo que está ahora pasando son tan sólo escaramuzas y maniobras entre dos acciones generales, y parecen ser de pocas consecuencias para el resultado final estas pequeñas operaciones preliminares; cuando se dé la gran batalla, no tengo duda alguna acerca del resultado. Al fin su sentido del mal que se acercaba se hizo en él tan vehemente, que dió el paso de dirigir á lord Lansdowne una carta cuidadosamente razonada, que era un verdadero documento de Estado en todo menos en la forma, llamando la atención hacia los peligros inminentes que amenazaban á una constitución en que existían una Cámara de los Comunes reformada enfrente de otra de los lores que no se había reformado, y dando un esquema detallado para la reforma de la alta cámara sobre base de la elección. El parecer de Macaulay no fué del gusto de todos sus antiguos amigos, y después de un simple cambio de opiniones, no volvió á tratarse este asunto en su correspondencia.

Acerca de la táctica seguida por Peel y Lyndhurst, Macaulay expuso los sentimientos de un político whig con el lenguaje de un historiador. Nuestros políticos ingleses, escribe desde la India durante la primera semana de 1838, se hallan en un estado singular. Las elecciones parece que han dejado á los dos partidos con la misma fuerza parlamentaria, y que existe en el público una tendencia á la moderación, pero también parece existir en él una disposición de las más perniciosas á mezclar la religión con la política. Por

mi parte no concibo nada más perjudicial para los intereses de la religión que el nuevo recurso conservador de representar los espíritus reformadores como espíritus infieles. Durante corto tiempo los tories ganarán algo dando á los abusos civiles la santidad de la religión; pero bien pronto la religión comenzará á contraer la impopularidad que caracteriza á los abusos civiles. Esto producirá, estoy seguro, una violenta reacción; de aquí á diez años el cristianismo será un lugar común tan impopular como la obligación de buscar señor puede haberlo sido en los tiempos de la restauración. El mundo está gobernado por asociaciones, y aquella que es llamada muy á menudo para la defensa de la humanidad en todos los peligros, bien pronto se convierte ella misma también en otro peligro, y no puede ser por mucho tiempo grito popular aquel por el cual se prive al pueblo de servidores leales, elevando al poder á opresores y agiotistas.

Hay algo de patético en esta fe sin límites é inquebrantable en las virtudes de su partido político. Las alabanzas que en una carta confidencial hace un hombre de sus contemporáneos, es casi seguro que serán sinceras, y cuando Macaulay describe la administración de lord Melbourne como un rompeolas que detiene la marea invasora de los agiotistas tories, nadie que le hubiera conocido ó conozca sus escritos, puede dudar que cree lo que dice. Y con todo, se necesita no poco valor para presentar á los whigs de 1838 como sordos á los clamores de los intereses privados y conexiones de familia. Tan extendida y profundamente arraigada estaba la convicción de que los ministros pensaban más en colocar á sus partidarios que en gobernar el país, que sus mejores acciones fueron mal interpretadas aún por sus más antiguos amigos.